

# GENERAL DEL SECTOR

James White

## I

Como un enorme y malformado árbol de Navidad, las luces del Hospital General del Doceavo Sector brillaban contra el fondo estrellado. Las luces vigía eran amarillas, rojas, gris delicuescente, y algunas de ellas azul actínico. Otros lugares estaban sumergidos en tinieblas. Más allá de aquellas áreas de metal opaco había secciones en las que la luz era tan brillante que los ojos de los pilotos que se aproximaban debían ser protegidos de ellas, y compartimentos que eran oscuros y fríos que ni siquiera la luz que se filtraba de las estrellas podía llegar hasta sus habitantes.

Para los ocupantes de la nave telfi que surgió del hiperespacio para detenerse a treinta kilómetros de la gigantesca estructura, el espectador alarde de radiaciones visuales era tan débil que debía ser detectado con ayuda de instrumentos. Los telfi eran comedores de energía. El casco de su nave tenía la luminosidad azul de la radiactividad, y el interior estaba inundado un alto nivel de radiaciones duras, lo cual era también perfectamente normal. Sólo en la popa de la pequeña nave las condiciones no eran normales. Allí, el núcleo activo de una pila energética estaba descompuesto en pequeñas masas subcríticas, no protegidas, a través de la sala de Motores Planetarios... y ahí la radiación era excesiva incluso para un telfi.

La entidad de mente colectiva que era el comandante —y la tripulación— de la nave telfi conectó su comunicador de corta distancia y habló en el lenguaje de estallidos y zumbidos usado para conversar con aquellas criaturas aisladas que eran incapaces de comulgar con el gestalt telfi.

—Al habla una comunidad de cien unidades telfi —dijo, lenta y distintamente—. Tenemos accidentados a bordo, y necesitamos ayuda. Nuestra clasificación como Grupo es VTXM... repito: VTXM...

—Pormenores, por favor, y grado de urgencia —dijo rápidamente una voz, cuando el telfi iba a repetir el mensaje. El telfi respondió inmediatamente y aguardó. Con él, y a través de él, aguardaban también las cien unidades especializadas que eran su mente y su cuerpo múltiple. Algunas de esas unidades eran células ciegas, sordas y tal vez muertas, que no recibían ni registraban impresiones sensoriales, pero había otras que irradiaban ondas de una agonía tan fuerte, tan terrible, que la mente colectiva se retorció también en agonía. ¿Cuándo iba a dar su respuesta aquella voz? Y, si lo hacía, ¿sería capaz de ayudarles?

—No deben aproximarse al Hospital a una distancia inferior a ocho kilómetros —dijo repentinamente la voz—. De otro modo, constituirán peligro para el tráfico no blindado de las proximidades y para los seres que tenemos aquí y que poseen una baja tolerancia a las radiaciones.

—Comprendido —dijo el telfi.

—Muy bien —prosiguió la voz—. Debe comprender también que su especie es demasiado radiactiva para que nos hagamos cargo de ustedes directamente. Ya hay en camino elementos teledirigidos, y la evacuación resultará simplificada si ustedes sitúan a sus víctimas tan cerca como les sea posible de la mayor escotilla de la nave. Si esto no es posible, no se preocupen. Poseemos mecanismos capaces de entrar en la nave y retirarlas de donde estén.

El telfi pensó que la agonía que torturaba tanto su mente como su disperso cuerpo no tardaría en desaparecer, pero que eso mismo le ocurriría a casi una cuarta parte de su cuerpo gestalt...

Conway se dirigió hacia sus salas. Claro que en realidad no eran *suyas*... si ocurría algo serio en alguna de ellas, lo más que podría hacer sería gritar pidiendo socorro. Pero como apenas hacía dos meses que estaba allí, no se preocupaba por aquello, sobre todo sabiendo que pasaría aún mucho tiempo hasta que le confiaran casos que no pudiesen ser resueltos por métodos mecánicos de tratamiento. El conocimiento completo de cualquier fisiología alienígena podía ser obtenido en pocos minutos con una grabación de Educador, pero la habilidad para usar esos conocimientos —principalmente en el campo de la cirugía— tan sólo se conseguía con el tiempo.

En un cruce de pasillos, Conway vio a un FGLI al que conocía... un interno tralthan que andaba balanceando su elefantino cuerpo sobre sus seis pies esponjosos. Sus cortas piernas parecían más elásticas que nunca, y el pequeño OTSB que vivía en simbiosis con él estaba prácticamente comatoso. Conway le dijo alegremente:

—¡Buenos días!

Y recibió una respuesta traducida, por supuesto vacía de emoción:

—¡Vete al diablo! —el tralthan había tenido mucho trabajo la noche anterior en Recepción. Conway no había sido llamado, pero parecía que el tralthan no había podido disfrutar de sus períodos de recreo y descanso.

Unos pocos metros después encontró a otro tralthan, que caminaba lentamente al lado de un pequeño DBDG como él. No exactamente como él... el DBDG era el grupo que tenía mayores atributos físicos: mayor número de brazos, piernas, cabezas, etc. El hecho era que la criatura en cuestión tenía manos con siete dedos, pero no tenía más de un metro veinte de altura, y parecía un osito de peluche. E iba con las manos unidas a la espalda, mientras miraba absorto al suelo. Su enorme compañero se mostraba tan absorto como él, si bien miraba fijamente al techo, debido a la posición de sus órganos visuales. Ambos llevaban la insignia profesional en brazaletes dorados: eran altaneros Diagnosticadores... ni más ni menos que eso. Conway evitó saludarlos, procurando hacer el menor ruido posible.

Seguramente estaban enfrascados en algún problema médico, pensó Conway, o algo así, ya que ni siquiera repararon en su presencia... ni siquiera parecían reparar el uno en la presencia del otro. Los Diagnosticadores eran gente extraña. Vivían continuamente inmersos en la insania de los demás... y su peculiar trabajo hacía que ellos adquirieran también una cierta forma de insania.

En cada cruce de corredores se oía una algarabía que no tenía nada de humana, y a la que Conway apenas prestaba atención. Hasta que oyó algo en inglés terrestre, y lo que oyó le hizo detenerse.

La voz repetía monótonamente:

—...a la Escotilla de Admisión Doce inmediatamente. Clasificación VTXM-23. Doctor Conway, por favor acuda a la Escotilla de Admisión Doce inmediatamente. Un VTXM-23...

Al principio Conway pensó que aquello parecía no tener nada que ver con él. Pero evidentemente lo estaban llamando para tratar un caso... un caso importante, porque el 23 tras el código de clasificación se refería al número de pacientes que debían ser tratados. Y la Clasificación VTXM era completamente nueva para él. Lo más que podía comprender era que la V, colocada al inicio de la clasificación como indicativo del atributo más importante, señalaba que se trataba de una especie telepática. Las otras letras sugerían que su existencia era asegurada por la conversación directa de la energía radiante, y que actuaban como un grupo estrechamente cooperante o como una sola unidad.

Los pacientes aguardaban en la escotilla, dentro de una pequeña caja metálica rodeado de bloques de plomo y colocada en una camilla motorizada. El enfermero le dijo rápidamente que las criaturas se llamaban a sí mismas telfi, que el diagnóstico preliminar había determinado el uso de la Sala de Radiación, y que, mientras se trasladaba a los pacientes, él podía ahorrar tiempo yendo a la sala del Educador recibir una grabación de fisiología telfi.

Conway le dio las gracias y se puso en camino. En la vida del hospital sólo había una nota

desagradable, y tropezó con ella cuando entró en la sala del Educador: el encargado era un Monitor.

¿Para qué servían los Monitores en los Hospitales?

El hombre, con una impoluta bata de color verde oscuro, estaba sentado ante la consola de mandos del Educador. Se giró en un gesto brusco de mandos del Conway sufrió otro shock. Además de los galones de mayor en las hombreras, el Monitor usaba la Vara y las Serpientes, el emblema de los Doctores.

—Me llamo O'Mara —dijo el mayor con voz agradable—. Soy el psicólogo jefe de esta casa de locos. Creo que usted es el doctor Conway.

Conway sonrió como respuesta, dándose cuenta de que era una sonrisa forzada, y el otro la aceptó como tal.

—Necesitará una grabación telfi —dijo O'Mara—. Muy bien, doctor, creo que le ha tocado un caso realmente extraño. Lo mejor será que borre la grabación apenas haya terminado con él.

Mientras el Monitor sujetaba en su cabeza las bandas, y los electrodos. Conway intentó mantener su rostro neutro, mientras miraba de reojo las diestras y seguras manos del mayor trabajar. O'Mara tenía un pelo de color gris metálico, apagado, y sus ojos tenían también un destello metálico. Conway sabía que aquellos ojos estaban estudiando todas sus reacciones, y aquella aguda mente estaría sacando una serie de conclusiones relativas a él.

—Bien, eso es todo —dijo O'Mara, cuando finalizó la grabación—. Antes de que salga creo que deberíamos charlar un poco: una cuestión de reorientación. Aunque, pensándolo mejor, no es necesario inmediateamente, pero sí tan pronto como le sea posible.

Conway se giró y salió. Pero sintió que los ojos del hombre taladraban sus espaldas.

Había tenido que vaciar su cabeza de pensamientos para que los nuevos conocimientos quedaran bien fijados, pero en todo lo que podía pensar era en que un Monitor ocupaba un lugar muy importante entre el personal hospitalario... y que además de eso era Doctor. ¿Cómo podían conjugarse las dos profesiones? Conway pensó en el brazalete que usaba el mayor y que mostraba el Círculo Rojo y Negro tralthano, el Sol Llameante de los illensanos, respiradores de cloro, y las Serpientes enrolladas en la Cara de la Tierra... Los honorables símbolos de la Medicina de las tres principales especies de la Unión Galánica. En el doctor O'Mara, en cuyo collar estaba escrito que era un curador, y en cuyos hombros se decía que era algo muy distinto.

De un hecho tenía la certeza Conway... no volvería a sentirse satisfecho hasta que no supiera la razón por la cual el psicólogo jefe del hospital era un Monitor.

## II

Era la primera experiencia de Conway con una grabación de fisiología alienígena, y notó, interesado, que la doble visión mental lo afectaba cada vez más: una señal cierta de que la grabación había quedado «impresa». Cuando llegó a la Sala de Radiación ya se sentía como dos personas: un ser humano llamado Conway, y la comunidad de quinientas unidades telfi que había servido de base para preparar el registro mental de todo cuanto se sabía en relación con la fisiología de la especie. El mal del Educador era este: no imprimía tan sólo el conocimiento sino también la personalidad de las criaturas que poseían este conocimiento. No era de admirar que los Diagnosticadores, que a veces tenían simultáneamente diez grabaciones en el cerebro, se sintiesen de tanto en tanto desorientados.

Los Diagnosticadores no atendían los casos de enfermedades y heridas sencillos. Para que un Diagnosti-cador se dignara echarle una mirada a un paciente era necesario que ese paciente

fuera único, que su caso fuese desesperado... o que estuviera casi muerto. Pero cuando uno de ellos se hacía cargo de un caso era como si el paciente estuviera ya curado... realizaban milagros con una regularidad casi monótona.

Y los doctores de más bajo nivel sentían siempre la tentación de mantener el contenido de las grabaciones en lugar de borrarlo una vez finalizado el caso, con la esperanza de conseguir algún descubrimiento que los hiciera famosos. En los hombres prácticos, de cabeza asentada, como él, eso era una tentación.

Conway no vio a sus pequeños pacientes, aunque los examinara uno a uno. No podía hacerlo, a menos que se dedicara a un trabajo innecesario con blindaje y espejos para conseguirlo. Pero sabía como eran, tanto por dentro como por fuera, porque la grabación lo había vuelto, en la práctica, uno de ellos. Ese conocimiento, conjuntamente con sus exámenes y la historia del caso, le dijo todo lo que necesitaba saber para iniciar el tratamiento.

Los pacientes habían formado parte de una comunidad telfi que tripulaba una nave interestelar cuando se produjo un accidente en una de las pilas energéticas. Aquellos seres pequeños, semejantes a escarabajos, e individualmente, muy estúpidos, eran comedores de radiación, pero la que resultó liberada era demasiada incluso para ellos. Así, sufrían lo que podía ser comparado con un caso grave de exceso de alimentación, conjuntamente con un prolongado exceso de estímulo de su equipo sensorial... especialmente en los centros del dolor. Si simplemente los colocaba en un contenedor blindado y los hacía pasar una cura de hambre de radiación —un tratamiento imposible en su nave—, alrededor de un setenta por ciento de ellos se curarían en el término de pocas horas. El resto sería una tragedia porque, aunque no sufriesen una muerte física, les esperaba una suerte mucho peor: perderían su capacidad de unión mental, lo cual en un telfi equivalía a quedar inválido. Serían como manos y pies amputados, apenas con la inteligencia, para saber que habían sido separados. Pero si la cantidad de energía absorbida era mantenida, literalmente se quemarían en una semana.

Trabajando apresuradamente, Conway certificó que dieciséis de sus pacientes sufrían lo que podía ser comparado con una indigestión aguda. Los separó, metiéndolos en frascos blindados absorbentes, de modo que la radiación de sus cuerpos no retardase el proceso de reducción por el hambre. Los frascos fueron colocados en una pequeña pila energética que irradiaba al nivel normal para los telfi, con un detector en cada una de ellas que haría caer el blindaje en el momento en que la radiactividad excesiva se hubiera disipado. Los siete restantes necesitaban un tratamiento especial, y estaba manejando los mandos para simular tan exactamente como le era posible las condiciones producidas durante el accidente en la nave cuando el comunicador lo llamó. Conway terminó lo que estaba haciendo y dijo:

—¿Qué ocurre?

—Aquí Información, doctor Conway. La nave telfi pregunta qué ocurre con los accidentados.

—Dieciséis de ellos estarán perfectamente dentro de cuatro horas aproximadamente —dijo Conway cautelosamente—. Los otros siete tienen un cincuenta por ciento de posibilidades de no salir bien, pero sólo lo sabremos hasta dentro de algunos días. Estoy horneándolos en una pila del doble de sus necesidades de radiación, y este nivel será reducido gradualmente hasta el normal. Calculo que la mitad sobrevivirá. ¿Comprendido?

—Sí —Tras unos minutos, la voz regresó—: Los telfi dicen que están satisfechos y muy agradecidos. Eso es todo.

Conway debería sentirse satisfecho del modo como estaba llevando su primer caso, pero no era así. El cincuenta por ciento de siete era tres y medio, ¿y cómo podía haber medio telfi? Sería mejor que fueran cuatro los que se salvaran en lugar de tres, y que ninguno de ellos se convirtiera en un inválido mental. Pensó en lo bueno que debía ser para un telfi atiborrarse constantemente de radiaciones, y recibir las intensas y variadas impresiones de un cuerpo colectivo, formado tal vez por centenares de individuos. Eso volvía su pobre cuerpo humano

en algo frío y solitario. Tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse del calor de la Sala de Radiación.

Una vez fuera, tomó la camilla motorizada y la llevó a la escotilla de Admisión. Tenía que ir a presentarse a la sala del Educador y borrar la grabación telfi. Pero no quería hacerlo; la idea de enfrentarse de nuevo con O'Mara le atraía muy poco, y hasta le producía un cierto miedo. Conway sabía que sentía lo mismo en relación con todos los Monitores, pero aquello era distinto. Era como si él fuera muy pequeño y el Monitor fuese su superior en todo, y Conway podía jurar por su vida que no comprendía cómo podía sentirse tan pequeño frente a un maldito Monitor.

Por fin resolvió dejar de lado la cuestión y no presentarse en la sala del Educador hasta que no hubiera pasado la ronda a sus salas. Era una disculpa legítima si O'Mara le reprochaba su demora, y mientras tanto el psicólogo jefe podía tener que salir o ser llamado.

Al menos, tenía ya la esperanza de que ocurriera eso.

El primer paciente al que vio fue un AUGL de Chal-derecol II, el único ocupante de la sala reservada a su especie. Conway se enfundó la ropa apropiada —una simple escafandra autónoma— y atravesó la compuerta, entrando en el tanque de agua verde y cálida que reproducía las condiciones de vida de la criatura. Retiró los instrumentos de la caja colocada en el interior y luego, ruidosamente, hizo notar su presencia. Si el chalder estaba medio dormido y él lo asustaba, los resultados podían ser imprevisibles. Un simple coletazo accidental bastaría para que hubiera dos pacientes en lugar de uno.

El chalder era un ser pesadamente blindado y revestido de escamas, con un lejano parecido a un cocodrilo de doce metros de longitud, pero en lugar de piernas tenía una especie de flagelos, y en medio de ellos una hilera de tentáculos parecidos a cintas. Flotaba inerte en el fondo del tanque, y su única señal de vida era la agitación periódica del agua en torno a sus branquias. Conway lo examinó apresuradamente e hizo la pregunta habitual. La respuesta le llegó a través del agua, en una forma inimaginable, hasta el traductor de Conway, y se convirtió en un hablar lento y monótono en sus auriculares.

—Estoy terriblemente enfermo —dijo el chalder—. Sufro mucho.

*Estás mintiendo*, pensó silenciosamente Conway, con *las seis hileras de dientes que tienes en la boca*. El doctor Lister, el Director del Sector General y tal vez el mejor Diagnosticador de todos los tiempos, había desmontado prácticamente al chalder pieza por pieza. Su diagnóstico había sido hipocondría... incurable. Había afirmado también que las señales de tensión en algunas partes del blindaje del cuerpo del paciente y los dolores que sentía eran debidos simplemente a su enorme indolencia y gula. Todo el mundo sabía que una forma de vida con un exoesqueleto no podía aumentar de peso más que internamente. Los Diagnosticadores solían ser claros, aunque muchas veces sus modales no fueran excesivamente pulidos.

El chalder no se ponía realmente enfermo más que cuando se veía en peligro de ser devuelto a su casa, de modo que el Hospital había adquirido un paciente permanente. Pero eso no tenía importancia. Los médicos, visitantes o de plantilla, los psicólogos, los internos y las enfermeras de todas las especies acudían a verle, lo sondaban, lo examinaban y lo importunaban de todas las maneras posibles y en cualquier momento... y él adoraba todo esto. Al Hospital le gustaba aquello, y al chalder también. Ya nadie le hablaba nunca de enviarlo de vuelta a casa.

### III

Conway se detuvo un instante mientras nadaba hacia la parte superior del tanque. Había algo que no iba bien. Su siguiente visita debía ser a dos criaturas que respiraban metano, en la sección de baja temperatura. Normalmente no le gustaba la compañía— en particular la de los estudiantes—, pero ahora se sentía aislado, solo, sin amigos. La sensación era tan fuerte

que lo asustaba. Cada vez sentía más indispensable la necesidad de hablar con un psicólogo... aunque no necesariamente con O'Mara.

La construcción del Hospital en aquella sección era parecida a un montón de spaghetti... cada corredor con una atmósfera terrestre tenía paralelamente, por encima, debajo o a cada lado, o incluso cruzándolo, otros que poseían distintas y variadas combinaciones mortales de atmósfera, presión y temperatura. Conway sabía muy bien que había un atajo que podía ser usado para visitar a sus pacientes de sangre fría, a través del corredor lleno de agua que llevaba a la sala de operaciones de los chalders, a través de la compuerta de atmósfera de cloro de los PVSJ illessanos y luego dos niveles hacia arriba, hasta la enfermería de metano. Eso le permitiría no tener que quitarse el traje, pero lo obligaría a permanecer algún tiempo más en el agua cálida, y él hacía rato que estaba empezando a sentir *frío*.

Un PVSJ convaleciente se cruzó con él en la sección de cloro, andando sobre sus finos apéndices membranosos, y Conway sintió un desesperado deseo de hablar con él, sobre cualquier cosa. Tuvo que hacer un esfuerzo para continuar su camino.

El traje protector usado por los DBDG, como el suyo propio, cuando visitaba la sala de metano, era en realidad un pequeño tanque blindado. Tenía calefactores internos para mantener vivo a su ocupante, y refrigeradores externos para que las fugas de calor no quemaran inmediatamente a los pacientes, para quienes cualquier foco de calor radiante, o incluso de luz, era mortal. Conway no tenía la menor idea acerca de cómo trabajaba el visor que usaba en sus exámenes, sólo los de Ingeniería sabían de esas cosas, pero sí sabía que no actuaba por infrarrojos. Eso también resultaba demasiado caliente para ellos.

Mientras trabajaba, Conway graduó los calefactores hasta que el sudor comenzó a chorrear por su cuerpo, pero incluso así sentía frío. Súbitamente tuvo miedo. ¿Qué era lo que andaba mal?

Conway acabó su ronda tan rápido como pudo. Se sentía confuso. Si su mente estaba traicionándolo, tenía que dar los pasos necesarios para solucionarlo. Debía ser algo relacionado con la grabación telfi. O'Mara había dicho algo al respecto, pero no recordaba exactamente qué había sido. Iría inmediatamente al Educador. Con O'Mara o sin O'Mara.

Dos Monitores se cruzaron con él mientras iba de camino. Ambos estaban armados. Conway sabía que debía sentir hostilidad hacia ellos, y que el hecho de ir armados en un hospital era algo chocante, pero también sintió deseos de darles una palmada en la espalda y abrazarlos. Al cruzarse con ellos les dijo por encima de su hombro:

—Hola —era la primera vez que saludaba a un Monitor en toda su vida.

Uno de los Monitores sonrió ligeramente, el otro correspondió con un asentimiento de cabeza. Ambos le miraron de una forma extraña, por encima del hombro, mientras se alejaban, porque sus dientes castañeteaban de una forma extraña.

La intención de ir a la sala del Educador había sido claramente formulada, pero ahora ya no parecía ser una buena idea. La sala era fría y oscura con todas aquellas máquinas y su luz sombría, y su única compañía sería O'Mara. Conway necesitaba de una auténtica multitud a su alrededor, y cuando mayor fuera esa multitud mejor. Pensó en el cercano comedor, y se dirigió hacia él. En un cruce leyó: «Cocina de Dietas. Salas 52 a 68. Especies DBDG, DBLF y FGLI». Aquello le recordó el terrible frío que sentía...

Los Dietistas estaban demasiado ocupados para reparar en él. Conway escogió un hornillo que el calor empezaba a enrojecer y se recostó sobre él, dejándose bañar por la luz ultravioleta exterminadora de gérmenes que lo inundaba todo e ignorando el olor a quemado de sus propias ropas. Ahora se sentía algo más caliente, pero estaba absolutamente solo. Nadie le apreciaba. Nadie le quería. Sería mejor que no hubiera nacido.

Cuando el Monitor —uno de los que se cruzaron con él y quedó sorprendido por el comportamiento de Conway— se aproximó a él, con un traje antitérmico que le dejara

momentáneamente uno de los Cocineros-Dietistas, grandes y lentas lágrimas corrían por las mejillas de Conway...

—Tuvo mucha suerte, pero es usted muy estúpido.

Conway abrió los ojos y vio que estaba en la cama Restauradora. O'Mara y el otro Monitor le miraban desde lo alto. Tuvo la impresión de que tenía la espalda completamente asada, y que el resto de su cuerpo había sido quemado por el sol. O'Mara le miró furiosamente y dijo:

—Tuvo mucha suerte al no quemarse seriamente o quedarse ciego, y es estúpido porque olvidó informarme de un detalle muy importante: que esta era su primera experiencia con el Educador...

O'Mara explicó que, si hubiera sido debidamente informado, le hubiera dado a Conway un hipnotratar-miento que le hubiera permitido al médico diferenciar entre sus necesidades y las de los telfi que compartían su mente. En opinión de O'Mara, Conway era un individuo lleno de prejuicios, que consideraba a los Monitores como verdaderos brutos. Era imposible comprender cómo una persona lo suficientemente inteligente como para obtener un puesto en aquel Hospital tenía aquellos sorprendidos sentimientos.

Conway sintió que su rostro ardía. Sin duda había sido una omisión estúpida. Sin embargo, no era eso lo que lo perturbaba. Era el hecho de que todo aquello estaba siendo dicho por un Monitor, ¡y delante de otro Monitor!

El hombre que debía haberlo traído hasta allí lo miraba con una expresión medio divertida. Aquello era peor que la arrogancia de O'Mara. ¿Cómo era posible que un Monitor sintiera pena por él?

O'Mara seguía hablando:

—Si aún no sabe lo que le ocurrió, sepa que... debido a su inexperiencia, llamémoslo así... la personalidad de los telfi contenida en la grabación se sobrepuso a la suya. La necesidad de radiaciones fuertes, de luz y calor intensos, y por encima de todo de una fusión mental indispensable a una entidad de mente colectiva, se convirtieron en sus necesidades... transferidas a sus más próximos equivalentes humanos, por supuesto. Durante un tiempo vivió usted como una criatura telfi aislada... y un telfi aislado de todo contacto mental con otros de su especie es un ser muy infeliz.

La voz de O'Mara se hizo más suave.

—Sufrió usted algunas quemaduras, pero no más serias que si hubiera recibido una ligera insolación. La espalda le dolerá algún tiempo, y luego sentirá comen-zón. Y se lo merece. Ahora muévase. No quiero verlo hasta las nueve de pasado mañana. Es una orden. Tenemos que hablar un poco, no se olvide de ello.

Una vez en el corredor, Conway tuvo la sensación de desánimo combinada con una intensa cólera. No recordaba, en los veintitrés años de su vida, haber sido objeto alguna vez de una humillación tan grande. Lo habían tratado como a un chiquillo... y como a un chiquillo malcriado. Y él nunca lo había sido.

Sólo notó que su salvador seguía a su lado cuando lo oyó hablar

—No se preocupe con el mayor. Es un buen hombre, se dará cuenta de ello cuando hable de nuevo con él. Ahora estaba cansado. Han llegado tres compañías, y están llegando más. Pero en el estado en que se encuentran no nos servirán de mucho... la mayor parte de ellos sufren fatiga de combate. El mayor O'Mara y su personal tendrán que prestarles primeros auxilios psicológicos antes de que...

—Fatiga de combate... ¿Acaso están fatigados de matar gente?

Vio el rostro del Monitor endurecerse, y algo como dolor y odio apareció en sus ojos. Pero el hombre dijo calmadamente:

—Para una persona que lleva aquí dos meses, tiene usted una actitud muy poco realista para con el Cuerpo de Monitores. No entiendo eso. ¿Tan ocupado ha estado que ni siquiera ha hablado con la gente?

—No, pero allá de donde vengo no hablamos con personas del tipo de ustedes. Preferimos cosas más agradables.

—Espero que todos sus amigos... si tienen amigos... le den muchas palmadas en la espalda —dijo el Monitor agriamente. Dio media vuelta y se marchó.

Conway pestañeó al pensar en lo que representarían unas palmadas en su quemada espalda. Pero pensó también en otras cosas. ¿Querían que él apoyase la violencia y el asesinato y fuese amigo de aquellos que eran responsables de tales cosas? El hombre había hablado de la llegada de algunas compañías de Monitores. ¿Por qué? ¿Para qué?

Cuando había llegado al General del Sector, la criatura que le diera las primeras instrucciones había hablado un poco con él. Dijo que el doctor Conway había pasado por muchas pruebas antes de ser admitido allí, y que esperaban que se sintiera bien y se quedara definitivamente. Luego lo había dejado en manos del Cirujano jefe, el doctor Mannon, para su adiestramiento. Ahora el período experimental había terminado, pero se sentía tan desanimado que no podía permanecer allí más tiempo.

También le habían dicho que, si tenía problemas a causa de su ignorancia de algo o cualquier otra cosa, que debía contactar a uno de los dos seres humanos llamados O'Mara o Bryson, según la naturaleza de la dificultad...

## IV

El nombre de «Bryson» acudió repentinamente a su cabeza. Era uno de los hombres que le habían dado para el caso de que se encontrara en problemas. El otro nombre, O'Mara, quedaba fuera de toda duda, pero Bryson...

Conway nunca había hablado con nadie de aquel nombre, pero preguntó a un tralthan que pasaba y supo donde podía encontrarlo. Fue hasta la puerta y leyó: «Capitán Bryson, Capellán, Cuerpo de Monitores», y se apartó inmediatamente, furioso. Otro Monitor. Sólo otra persona podía ayudarlo: el doctor Mannon, bajo cuyas órdenes había sido puesto inmediatamente tras su ingreso en el Hospital. Era por ahí por donde tenía que haber empezado.

Pero, cuando encontró al doctor Mannon, estaba encerrado en la sala LSVO asistiendo a un Cirujano Diag-nosticador tralthan en un trabajo muy delicado. Se dirigió a la galería de observación y esperó a que Mannon terminase.

Los LSVO eran originarios de un planeta de atmósfera densa, con una gravedad muy pequeña. Eran una forma de vida extremadamente frágil, y la sala estaba casi a cero G, con los cirujanos sujetos a sus puestos alrededor de la mesa con cintos. El pequeño OTSB que vivía en simbiosis con el elefantino tralthan no estaba sujeto, pero sí agarrado por uno de los tentáculos de su huésped. Conway sabía que el OTSB no podía perder el contacto físico con su huésped durante más de unos pocos minutos sin sufrir severos daños mentales. Interesado pese a sus propios problemas, se concentró en lo que estaban haciendo.

Una sección del canal digestivo del paciente había sido puesta a descubierto, mostrando una masa azul, esponjosa, adherida a ella. La operación, sin la menor duda, era difícil. Como era normal, el pequeño OTSB, con su multitud de finos tentáculos con ojos y ventosas en sus extremos, hacía el trabajo exploratorio, enviando informaciones visuales extremadamente pormenorizadas a su gigantesco huésped y recibiendo las instrucciones correspondientes a los datos suministrados.

El doctor Mannon tenía poca cosa más que hacer salvo observar los supersensibles tentáculos del parásito, pero Conway sabía que incluso esto era motivo de orgullo. La combinación tralthan daba como resultado los mejores cirujanos de la galaxia. Todos los

cirujanos serían tralthan si su tamaño y su modo de actuar no hiciera imposible el tratar a algunas formas de vida.

Conway los esperaba cuando salieron de la sala. Uno de los tentáculos del tralthan palmeó suavemente la cabeza del doctor Mannon —un gesto de exquisito cumplido por parte de un tralthan— e inmediatamente un furioso gruñido surgió de un ángulo del corredor, y el perro que acompañaba siempre al doctor Mannon corrió hacia la criatura que aparentemente estaba atacando a su dueño. El tralthan retrocedió, aparentemente asustado, pero procurando en realidad no pisar al inquieto animal con ninguna de sus enormes patas. El doctor Mannon se apresuró a sujetar al animal. El tumulto ensordeció ¡todo el corredor.

Cuando el ruido hubo disminuido lo suficiente como para hacerse oír, Conway le dijo al doctor Mannon:

—Doctor, no sé si podrá usted ayudarme. Necesito un consejo o, al menos, algo de información. Pero es un asunto muy delicado...

Conway vio que el doctor Mannon fruncía el ceño al tiempo que decía:

—Tendré mucho gusto en ayudarle, pero me temo que cualquier consejo que le dé ahora no va a ser muy bueno. Tengo una grabación LSVO funcionándome aún entre ceja y ceja. Ya sabe lo que es... la mitad de mi persona es un pájaro, y la otra mitad se siente algo confusa al respecto... ¿Pero qué tipo de consejo necesita? —preguntó, inclinando la cabeza hacia un lado a la manera de un ave—. Si se trata de esa forma peculiar de locura a la que llamamos amor o de cualquier otra perturbación psicológica, será mejor que hable con O'Mara.

Conway negó con la cabeza; cualquier persona menos O'Mara.

—No —dijo—. Es solamente una cuestión filosófica; una cuestión de ética quizá...

—¡Solamente! —estalló Mannon. Iba a añadir algo más, pero con un gesto brusco indicó un anunciador situado en una pared cercana. Ya más calmado, observó—: Me temo que la solución a sus problemas va a tener que esperar... le reclaman.

—...Doctor Conway —decía el anunciador—. Acuda a la sala 87 y administre estimulantes...

—¡Pero la 87 ni siquiera está en nuestra sección! —protestó Conway—. ¿Qué está pasando aquí?

El doctor Mannon adoptó súbitamente una expresión grave.

—Creo que sé de qué se trata, y le aconsejo que guarde algunos estimulantes para usted mismo, porque los va a necesitar —se giró súbitamente y echó a correr, murmurando algo sobre la necesidad de borrar inmediatamente la grabación, antes de que comenzaran a llamarlo también a él.

La sala 87 era la sala de descanso del personal de la Sección Heridos. Cuando Conway llegó, sus mesas, sillas e incluso el suelo estaban llenos de Monitores vestidos de verde, algunos de los cuales ni siquiera tenía fuerzas para levantar la cabeza cuando él entró. Uno de ellos se levantó con gran dificultad y se le aproximó tambaleante. Era otro Monitor con la insignia de mayor en las hombreras y la Vara y las Serpientes colgando de su cuello.

—Dosis máxima —dijo el mayor—. Comience por mí...

Conway miró a su alrededor. Habría unos cien hombres, todos ellos extremadamente exhaustos y con el rostro pálido.

—Como médico, debo decir que no estoy de acuerdo en absoluto con esto —dijo Conway con tono grave—. Es evidente que ustedes han recibido ya inyecciones de estimulantes... en cantidad excesiva. ¡Necesitan dormir!

—¿Dormir? —preguntó alguien en alguna parte—. ¿Qué es eso?

—¡Cállate, Teirnan! —dijo el mayor. Luego dijo a Conway—: Como médico, conozco los riesgos. Sugiero que no perdamos más tiempo.

Rápida y hábilmente, Conway comenzó a administrar las inyecciones. Hombres fatigados hasta la médula, con los ojos bajos, comenzaron a alinearse ante él y, cinco minutos más tarde, salían de la sala con paso elástico y los ojos demasiado brillantes por la vitalidad artificial. En el momento en que terminaba oyó al anunciador llamándole de nuevo, ordenándole que se dirigiera a la Escotilla Seis y aguardara ahí instrucciones. Conway sabía que la Escotilla Seis era una entrada auxiliar de la Sección de Heridos.

Mientras se dirigía hacia allá, Conway notó que los anunciadores llamaban a todos los internos más nuevos para que se presentaran en Heridos, al mismo tiempo que daban órdenes para que las salas contiguas fuesen desalojadas en la medida de lo posible. Luego siguieron algunos sonidos extraños, avisando a seres de otras especies.

La Sección de heridos estaba siendo ampliada. ¿Pero por qué? ¿Y de dónde venían los heridos?

## V

En la Escotilla Seis, un Diagnosticador tralthan estaba conversando con dos Monitores. Y había otros dos Monitores junto al panel de visión directa de la Escotilla.

—Hola, doctor —dijo uno de ellos, con tono amigable. Indicó el visor con la cabeza—. Están descargando en las Escotillas Ocho, Nueve y Once. Nuestro turno debe estar al caer.

El gran panel transparente mostraba una vista que inspiraba temor y admiración. Conway nunca había visto tantas naves juntas. Más de treinta, desde yates de recreo, de diez plazas, hasta los gigantescos transportes del Cuerpo de Monitores, todos ellos maniobrando en el espacio, en torno unos de otros, aguardando autorización para atracar y descargar.

Pero Conway tuvo poco tiempo para ver el espectáculo. Llegaron tres internos humanos, seguidos rápidamente por dos DBDG de rojizo pelo y un DBLF con aspecto de oruga, todos ellos con la insignia de médicos. Se oyó un raspar de metal contra metal, y las luces de aviso de la escotilla pasaron de verde a rojo. Los pacientes comenzaron a salir de la compuerta de aire.

Eran de dos especies. DBDG del tipo terrestre humano, y orugas DBLF. Al ver el primer caso, Conway sufrió un shock... no porque el caso fuera grave, sino por la naturaleza de las heridas. El tercero lo inmovilizó en su sitio, y el Monitor que lo ayudaba le miró interrogativamente.

—¿Qué clase de accidente fue este? —estalló Conway—. Perforaciones múltiples, pero el reborde de las heridas está cauterizado. Perforaciones laceradas, como si fueran provocadas por los fragmentos lanzados por una explosión. ¿Cómo...?

—Lo hemos mantenido en silencio —dijo el Monitor—, pero aún así suponíamos que el rumor había llegado hasta aquí— sus labios se apretaron en una dura línea—. Decidieron entrar en guerra —dijo, señalando con la cabeza hacia los humanos terrestres y los DBLF que los rodeaban—. Me temo que las cosas hayan ido muy lejos antes de que nosotros hayamos podido actuar.

Conway se sintió desfallecer. ¡Una guerra! Seres humanos de la Tierra, o de un planeta terrestre, intentando matar a miembros de especies que tanto en común tenían con ellos. Había oído decir que esas cosas ocurrían ocasionalmente, pero nunca llegó a creer que ninguna especie inteligente pudiera enloquecer de tal manera. Tantos y tantos heridos...

Si Conway no se sintiera tan alterado hubiera notado que la expresión del Monitor era idéntica a la suya. Y si Williamson, el Monitor, pensaba igual que él con respecto a la guerra, tal vez aquella fuera la oportunidad de cambiar sus ideas respecto al Cuerpo de Monitores.

Una repentina agitación, unos metros más adelante atrajo la atención de Conway. Un paciente humano terrestre protestaba en voz alta contra el interno DBLF que intentaba examinarlo, y el lenguaje que utilizaba no era en absoluto agradable. El DBLF mostraba una dolida sorpresa a intentaba calmar al paciente a través del Traductor.

Fue Williamson quien resolvió el problema. Se acercó al herido, se inclinó sobre él hasta que sus rostros quedaron a tan sólo unos centímetros de distancia, y le habló en voz baja, en un tono casi natural pero que produjo escalofríos en la espina dorsal de Conway.

—Oye, amigo —dijo el Monitor—. Dices que no quieres que una de esas orugas que intentó matarte te quiera curar ahora, ¿eh? Pues métete en la cabeza... y deja que la idea permanezca ahí... que esa oruga es un Doctor. Y que en este lugar no hay guerras. Todos vosotros pertenecéis ahora a un mismo ejército, y tu uniforme es un pijama, de modo que quédate quietecito, cállate y compórtate como un hombre. De otro modo voy a ser yo quien te trate personalmente.

Conway regresó a su trabajo, con nuevas ideas acerca de los Monitores. ¿Aquel hombre tranquilo, con manos firmes como rocas, era un asesino, un sádico poco inteligente o sin la menor moral? Era imposible.

O'Mara también era imposible, y Bryson, y Mannon, por otras razones, pero Williamson...

—Ah... esto, Williamson —dijo Conway vacilante, y concluyó apresuradamente—: ¡Ha matado usted alguna vez a alguien?

El Monitor se envaró, y sus labios se convirtieron en una delgada y dura línea. Dijo con voz átona:

—Sería mejor que se lo pensara dos veces antes de hacerle esta pregunta a un Monitor, Doctor. ¿O acaso lo piensa realmente? —vaciló al ver la confusión de emociones que reflejaba el rostro de Conway—. ¿Qué es lo que le preocupa, Doctor?

Tartamudeando, Conway comenzó a hablar de sus ideales, y de su alarma y confusión al descubrir que el General del Sector tenía como psicólogo jefe a un Monitor, y tal vez a otros miembros del Cuerpo en lugares de responsabilidad. Ahora sabía que el Cuerpo no era tan malo como eso, pero incluso así... ¡*Monitores!*

—Entonces voy a causarle otro shock —dijo secamente Williamson—. Voy a decirle algo de lo que, como todo el mundo lo sabe, nadie habla. El doctor Lister, el Director, también pertenece al Cuerpo de Monitores. No usa uniforme porque los Diagnosticadores son distraídos y descuidados con las cosas pequeñas. Al Cuerpo no le gusta el desaliño, ni siquiera en un teniente general.

—¡*Lister, un Monitor!* Pero... ¿por qué? —estalló Conway sin desearlo—. Todo el mundo sabe como son ustedes. ¿Cómo consiguieron introducirse aquí?

—Es evidente que no todo el mundo lo sabe —dijo Williamson—. Por ejemplo, usted no lo sabe.

## VI

El Monitor no se mostró irritado durante mucho tiempo, observó Conway mientras terminaba con su paciente y pasaba al siguiente. En su rostro, por el contrario, había ahora una expresión que recordaba la de un padre cumpliendo con su deber de explicarle a su hijo las cosas desagradables de la vida.

—Básicamente —dijo Williamson, mientras retiraba una cura de urgencia de un DBLF herido—, su problema es que usted, con todo su grupo social, forma una especie protegida.

—¿Una *qué?* —dijo Conway.

—Una especie protegida —repitió—. Al margen de las crudezas de la vida actual. De su clase social... en todos los mundos de la Unión, y no solamente en la Tierra... surgen prácticamente todos los grandes artistas, músicos y profesionales liberales. La mayor parte de ustedes viven en la ignorancia de que son protegidos, aislados desde la infancia contra las más groseras realidades de nuestra llamada civilización, y que sus ideales de pacifismo y comportamiento ético son un lujo que muchos de nosotros simplemente no podemos permitirnos. Se les permite vivir así con la esperanza de que pueda surgir una filosofía que un

día convierta a todos los seres de la galaxia en verdaderamente civilizados, verdaderamente buenos.

—No lo sabía —tartamudeó Conway—. Y ustedes nos vuelven... tan inútiles...

—Evidentemente, no lo sabía —dijo gentilmente Williamson—. Probablemente pasó toda su vida envuelto en el capullo de sus altos ideales. No es que haya nada equivocado en ellos, pero piense que siempre es necesario un poco de gris entre el blanco y el negro. Nuestra cultura actual está basada en la máxima libertad para los individuos. Cualquier entidad puede hacer lo que quiera siempre que esto no constituya ninguna injuria para las demás. Sólo los Monitores renuncian a esta libertad.

—¿Pero, y acerca de las reservadas de los «Normales»? —preguntó Conway. Por fin el Monitor había hecho una declaración que él podía contradecir definitivamente—. Ser controlado policialmente por los Monitores y confinado en ciertas áreas de un país no es lo que podríamos llamar libertad.

—Si mira hacia el pasado verá que los Normales... es decir, el grupo que, en casi todos los planetas, piensa al contrario de los embrutecidos Monitores y de los cobardes estetas de su propia clase... no están confinados. En lugar de ello, se reúnen naturalmente en comunidades, y es en las comunidades de los llamados «Normales» donde los Monitores deben ser más activos. Los Normales poseen todas las libertades, incluso el derecho a matarse los unos a los otros si así lo desean. Y los Monitores sólo hacen acto de presencia para evitar que cualquier Normal que no desee entrar en el juego tenga que sufrir por ello.

»Cuando la locura de las masas alcanza un nivel lo suficientemente alto, envolviendo a uno o más de esos mundos, dejamos que se inicie una guerra en un planeta dejado aparte exactamente para este fin, disponiendo las cosas para que la guerra no sea ni demasiado larga ni demasiado sangrienta —Williamson suspiró—. Calculamos mal ésta. No resultó ni una cosa ni la otra.

—Pero todo esto es muy difícil de creer —protestó Conway—. ¡Está usted sugiriendo que el Cuerpo de Monitores es más importante que los Normales o que nosotros, la clase profesional! —agitó furiosamente la cabeza—. ¡De todos modos, este no es un buen momento para una discusión filosófica!

—Fue usted quien empezó —dijo el Monitor.

No hubo respuesta a esto.

Horas más tarde, Conway sintió un golpecito en el hombro, se giró, y vio a una enfermera DBLF junto a él. Llevaba una hipodérmica en la mano.

—Estimulante, Doctor.

Sólo entonces tuvo Conway conciencia de lo cansado que estaba. Levantó la manga de la camisa, sintiendo sus dedos como si fueran salchichas. Pero apenas recibió la inyección la fatiga desapareció. Excepto una ligera picazón en las manos y las manchas cenicientas que tenía en el rostro, era como si hubiera salido de la ducha, tras diez horas de sueño. Miró a su alrededor. Había apenas media docena de heridos, y muchos menos Monitores.

Sabía lo que había ocurrido. Había visto a los Monitores, uno a uno, caer a pesar de los estimulantes, porque los músculos involuntarios del corazón y los pulmones ya no podían trabajar más. Habían sido llevados a las enfermerías, donde los robots masajearon sus corazones, les practicaron la respiración artificial y los alimentaron intravenosamente. Uno de ellos murió.

Aprovechando un momento de respiro, Conway y Williamson se dirigieron al panel de visión directa y miraron afuera. El tumulto de naves había disminuido tan sólo parcialmente y estaban llegando otras. No pudo imaginar donde iban a meter toda aquella gente... todos los corredores

habitables del Hospital estaban ya atiborrados, y estaban cambiando constantemente a pacientes de todas las especies en un intento de conseguir más espacio. De todos modos, aquel no era su problema...

—¡Emergencia! —dijo de pronto el anunciador de la pared—. Una nave aislada, un solo ocupante, especie desconocida, pide tratamiento inmediato. El ocupante sólo tiene un dominio parcial de la nave, está gravemente herido, y las comunicaciones son incoherentes. Atención a todas las escotillas de admisión...

*¡No!*, pensó Conway. *¡No en un momento como este!* Sintió una fría agonía en el estómago, y tuvo un terrible presentimiento. Los dedos de la mano de Williamson se volvieron blancos cuando se sujetó al reborde del visor. El Monitor gritó:

—¡Mire!

Un intruso se aproximaba al enjambre de naves que aguardaba en torno al Hospital. Tenía la forma de un torpedo, pero era rechoncho y negro. Penetró en la masa de naves, que se derivaron, no chocando por milagro unas contra otras ni contra él. Continuó su avance. Ahora había tan sólo una nave en su camino: un transporte de los Monitores que había recibido orden de atracar y se aproximaba a una escotilla de admisión. El transporte era grande, y no había sido construido para acrobacias... no tenía tiempo ni capacidad para salirse de la trayectoria. Era inevitable una colisión, y el transporte estaba lleno de heridos...

Pero no. En el último momento, la nave que se acercaba se desvió. Describió un círculo que aumentó de diámetro con una espantosa rapidez. Y se dirigió hacia ellos! Conway sintió deseos de cerrar los ojos.

La nave estaba casi sobre ellos cuando se desvió de nuevo. Su piloto, herido, intentaba desesperadamente evitar aquel obstáculo mayor que todos los demás... el Hospital. Pero era demasiado tarde. La nave embistió.

Un doble choque los atrajo hacia el suelo cuando la nave penetró en el doble revestimiento del Hospital. Siguieron otros choques cada vez más débiles a medida que penetraba en las entrañas de la gigantesca estructura. Una cacofonía de gritos —humanos y no humanos— se dejó oír por un momento, seguida inmediatamente por silbatos, gruñidos y aullidos guturales. Entró agua en las secciones que contenían cloro puro. Entró aire en los compartimientos cuyos ocupantes nunca habían conocido nada más allá del frío y del vacío trans-plutoniano. Y los seres se retorcieron, murieron y se disolvieron horriblemente. Agua, aire y una multitud de otros compuestos atmosféricos se unieron, formando una mezcla altamente corrosiva que humeaba y burbujeaba, abriendo camino hasta alcanzar el espacio. Pero mucho antes de que esto ocurriera las puertas estancas se habían cerrado, confiando la terrible herida abierta por la nave.

## VII

Tras un instante de paralización, el Hospital reaccionó. Sobre sus cabezas, el anunciador inició una actividad frenética pero ordenada. Los Ingenieros y el personal de Manutención, de todas las especies, debían presentarse inmediatamente. Las parrillas neutralizadoras de gravedad de las áreas de las salas correspondientes a los LSVO y MSVK estaban fallando... todo el personal médico del área debía colocar a los pacientes en cámaras protectoras y transferirlos a la Sala de Operaciones Dos de los DBFL, donde serían establecidas condiciones de media G antes de que fuesen aplastados por su propio peso. Había una fuga no detectada en el corredor Diecinueve AUGL. Todos los DBDG quedaban advertidos de que había cloro en el área de sus comedores. Además de esto, se solicitaba que el doctor Lister se presentase, por favor.

En un rincón de su mente Conway observó que nadie había dicho dónde se suponía que debía presentarse el doctor Lister. Luego oyó repentinamente que alguien lo llamaba, y se giró. Era el doctor Mannon. Acudió presurosamente hacia Williamson y Conway y dijo:

—Veo que están libres. Tengo un trabajo para ustedes.

Explicó rápidamente lo que ocurría. Cuando la nave había chocado con el Hospital, el espacio delimitado por las puertas estancas de seguridad que se habían cerrado no correspondía exactamente al volumen de la zona afectada. Todo ello era consecuencia de la posición relativa de las puertas, y el resultado había sido que se había formado un gran árbol de vacío que se introducía en otras secciones del Hospital, con el orificio causado por la nave como tronco y los corredores que llevaban hasta allí haciendo de ramas. Algunos de estos corredores sin aire conducían a compartimentos que podían volverse estancos por sí mismos, y era posible que contuviesen supervivientes.

Normalmente no sería necesario apresurarse en rescatar a esos posibles supervivientes; podían permanecer confortablemente instalados en sus aposentos durante días enteros, aunque incomunicados. Pero se había producido una complicación adicional. La nave había penetrado en el Hospital hasta su mismo centro... su centro nervioso de hecho, la sección que contenía los controles de toda la estructura. Y al parecer había un superviviente en aquella sección... quizá un paciente, un miembro del personal e incluso tal vez él propio tripulante de la nave, que se estaba moviendo por la zona y dañando los mecanismos de control de la gravedad artificial. Así las cosas, podía producirse algún daño irreparable que causara muertes a seres muy sensibles a las variaciones bruscas de gravedad.

—Hemos enviado ya para allá a un PVSJ —dijo Mannon—, pero se trata de una especie que tiene dificultades para usar un traje de presión. Así que ustedes pueden ir para apresurar las cosas. ¿De acuerdo? ¡Entonces corran!

Llevando consigo neutralizadores de gravedad, salieron en dirección a la sección dañada y flotaron a lo largo del revestimiento exterior del Hospital hasta el boquete de seis metros de diámetro causado por la nave que chocara contra él. Llevaban también cuerdas y fijaciones magnéticas, y Williamson, puesto que formaba parte de su equipo normal de servicio, llevaba igualmente un arma. Disponían de aire para tres horas.

Al principio todo fue fácil. La nave había abierto un túnel de rebordes bien definidos a través de los mamparos, blindajes e incluso de la maquinaria pesada. Conway observó los corredores por los que iban pasando y comprobó que no había en ellos la menor señal de vida. Encontraron los restos de una criatura de alta presión que hubiera estallado incluso en las condiciones terrestres. En otro corredor tropezaron con otra tragedia: una enfermera DBDG, casi humana —una de aquellas criaturas rojizas parecidas a osos— había sido limpiamente decapitada por una puerta estanca que se había cerrado antes de que consiguiera pasar. Fuera como fuese, aquella visión lo descompuso mucho más de todo cuanto había visto aquel día.

El avance era cada vez más difícil debido a los destrozos de la nave, y en ocasiones tuvieron que abrirse camino a través de ellos, apartándolos con manos y pies. Williamson iba delante, a unos diez metros de distancia, cuando de repente desapareció. La radio del traje de Conway emitió un grito de sorpresa, cortado por un ruido de metal contra metal. Conway se sujetó a una viga y sintió que vibraba. ¡Los restos estaban moviéndose! Por un momento se sintió dominado por el pánico, pero luego comprendió que el movimiento se producía tras él, en el camino por donde había venido. La vibración cesó, y solo entonces Conway sujetó su cable-guía a la viga y miró a su alrededor, en busca del Monitor.

Con las piernas dobladas y los brazos ante su rostro, Williamson estaba caído boca abajo en medio de una masa de escombros, unos seis metros más abajo. Los sonidos irregulares de su respiración, que le llegaban a través de los auriculares, indicó a Conway que la rapidez con que el Monitor había protegido la frágil visera con sus brazos le había salvado la vida.

Resulta obvio que el accidente había sido debido a una sección del suelo donde la parrilla

gravitatoria aún funcionaba, a pesar de la destrucción de innumerables circuitos en aquella área. Sujetándose cuidadosamente a la cuerda de seguridad, Conway se acercó al desmadrado Williamson. Tuvo que sujetarse con más fuerza cuando llegó al campo de parrilla, pero luego verileó que su intensidad era apenas de una G y media. Entonces comenzó a descender mano sobre mano. Podía usar su neutralizador para anular la atracción, pero hubiera sido arriesgado. Si por azar se salía de la zona de influencia de la parrilla, se vería atraído hacia arriba con resultados probablemente fatales.

El Monitor estaba aún inconsciente cuando Conway lo alcanzó, y aunque no podía tener la seguridad debido al traje especial, le pareció que había fracturas múltiples en ambos brazos. Williamson necesitaba auxilio inmediato. Había recibido muchas dosis de estimulantes. No debía poseer muchas reservas de energía; cuando recuperase la conciencia, si alguna vez la recuperaba, tal vez no fuera capaz de resistir.

## VIII

Conway iba a pedir auxilio cuando un fragmento de metal, de contornos irregulares, pasó junto a su casco. Se giró exactamente a tiempo para evitar otro fragmento de metal que se dirigía hacia él. Sólo entonces vio la silueta de una figura no humana, enfundada en un traje espacial, parcialmente escondida entre los escombros, a unos diez metros. ¡La criatura estaba arrojándole cosas!

El bombardeo cesó cuando el otro vio que Conway se había dado cuenta de su presencia. Durante algunos momentos, Conway no encontró ninguna explicación para lo que veía. Pero luego se dio cuenta de que la criatura estaba aprisionada entre dos vigas, con la radio caída y el cable desconectado. Llegó hasta ella y consiguió reparar la avería, sujetando la conexión del cable con cinta adhesiva, y oyó inmediatamente las palabras traducidas que explicaban lo ocurrido.

Se trataba del PVSJ que había salido antes que ellos en busca de supervivientes en las áreas destrozadas. Había sido atrapado en el mismo lugar donde había caído el Monitor, pero había conseguido usar su cinturón gravitatorio para frenar su caída. Sin embargo, la compensación había sido excesiva y lo había lanzado contra el lugar donde se hallaba ahora. El impacto había sido relativamente suave, pero el movimiento de los escombros había aprisionado a la criatura y dañado su radio.

Pese a los esfuerzos de Conway por liberar al PVSJ —un illensano respirador de cloro—, no consiguió soltarlo. Mientras lo intentaba, miró a la insignia profesional pintada en su traje. Los símbolos tralthan e illensano no significaban nada para él, pero el tercero, en términos terrestres, expresaba claramente la función de la criatura: era un crucifijo. El PVSJ era un sacerdote. Lo cual era comprensible en aquella situación.

Pero ahora Conway tenía dos compañeros incapacitados para moverse. Conectó su transmisor, pero antes de que pudiera hablar oyó la dura voz del doctor Mannon gritando en sus oídos:

—¡Doctor Conway! ¡Monitor Williamson! ¡Cualquiera de ustedes, establezca contacto inmediatamente!

—Eso es precisamente lo que iba a hacer —respondió Conway.

Y explicó lo que había ocurrido.

Mannon le interrumpió.

—Lo siento mucho, pero no podemos hacer nada. Las fluctuaciones de la gravedad están aumentando por momentos. Deben haber producido algún derrumbamiento en el túnel, pues tras ustedes está completamente obstruido por los escombros. Los hombres de Manutención están intentando abrir camino...

—Déjeme hablar —dijo otra voz. Tras algunos ruidos, Conway oyó—: Aquí el doctor Lister.

Debo decirle que el estado de las víctimas de los dos accidentes es de importancia secundaria. Contacte inmediatamente con la criatura que está en el compartimiento de mandos gravitatorios y deténgala. Dele un buen golpe en la cabeza si es necesario, pero deténgala. ¡Está destruyendo el Hospital!

Conway tragó saliva. Dijo:

—Sí, señor —y buscó una manera de avanzar un poco más a través de la confusión que le rodeaba. Parecía una tarea imposible.

Repentinamente, se sintió empujado hacia un lado. A través del traje sintió como el metal se estaba moviendo. Los escombros estaban cambiando nuevamente de posición. La fuerza que lo empujaba desapareció súbitamente y, al mismo tiempo, oyó un grito del PVSJ. Se giró, y vio que en el lugar donde estaba el illensano había ahora un enorme agujero cuyo fondo no se distinguía.

La posición de Williamson no había sido afectada, pero el PVSJ debía haber caído. Preguntó, ansioso:

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. Pero estoy un poco atontado.

Cautelosamente, Conway se aproximó a la abertura y miró abajo. Vio un gran compartimiento, bien iluminado, revestido de una especie de espeso musgo, azul oscuro, tubular, con hojas bulbosas. Solo tras algún tiempo comprendió Conway que estaba mirando un tanque AUGL, sin agua. La especie de musgo que cubría el fondo servía de comida y de decoración interior a los pacientes AUGL. El PVSJ había tenido mucha suerte al ir a parar a una superficie tan elástica como aquella tras su caída.

El PVSJ ya estaba libre, e insistió en afirmar que se encontraba en condiciones de ayudar a Conway a tratar con la criatura que se hallaba en los gravitatorios. Cuando iba a reanudar el descenso Conway miró hacia la fuente de luz, y perdió la respiración. Una de las paredes del tanque de los AUGL era transparente, y dejaba ver un corredor transformado en enfermería temporal. Orugas DBLF estaban alineadas en camas colocadas a un lado e, intermitentemente, eran aplastadas contra sus camas o alzadas bruscamente al aire al compás de las violentas fluctuaciones que afectaban las parrillas gravitatorias. Alguien había echado apresuradamente redes sobre algunas de las criaturas, pero la medida solo había supuesto un relativo alivio.

Una enfermería estaba siendo evacuada en algún lado, y a través del corredor se veía una procesión que parecía salida del arca de Noé. Había allí seres respiradores de oxígeno de todas las especies conocidas, y muchos otros aún, acompañados por Monitores. Caminaban a gatas a fin de reducir al mínimo el efecto de las variaciones de la gravedad, y la mayor parte de ellos usaban cinturones gravitatorios, aunque en tales condiciones eran completamente inútiles.

Vio algunos PVSJ dentro de sacos de cloro parecidos a pelotas que eran aplastadas contra el suelo y saltaban al aire como si un invisible pie estuviera jugando con ellos. Y los pacientes tralthan, firmemente sujetos en sus arneses —indispensables ya que las criaturas, pese a su gran fuerza, estaban expuestas muy fácilmente a lesiones internas —eran arrastrados por otros. Había criaturas DBDG, DBLF y CLSR, y cosas imposibles de identificar dentro de contenedores esféricos con ruedas, que irradiaban frío casi visiblemente.

Conway tuvo la impresión de que sentía también aquellas fluctuaciones, pero sabía que la nave, al chocar con el Hospital, debía haber destruido todas las parrillas encontradas en su camino. Apartó los ojos del triste cortejo y siguió descendiendo.

— ¡Conway! — gritó la voz de Mannon pocos minutos más tarde —. ¡Ese sobreviviente que hay ahí es responsable ya de tantas muertes como las producidas por la nave que chocó con nosotros! ¡Todos los LSVO que con-valecían en una de las enfermerías han muerto debido a un aumento de gravedad de un octavo a tres G durante tres segundos. ¿Dónde está usted ahora?

El túnel repleto de escombros se estrechaba ante él, informó Conway. Frente a él se veían ahora piezas de la nave, de grandes dimensiones, que debían ser los generadores de hiperpropulsión. Debía estar llegando al final del camino y cerca de la criatura que estaba ocasionando toda aquella devastación.

— Muy bien — dijo Mannon — . ¡Pero apresúrese!

— ¿Todavía no han podido pasar los Ingenieros? Creo que...

— ¡No pueden! — dijo la voz del doctor Lister — . En el área circundante las parrillas gravitatorias tienen fluctuaciones que alcanzan las diez G. Es imposible. Y también es imposible alcanzar el lugar donde se encuentra usted ahora desde el interior del Hospital. Habría que evacuar corredores que están llenos de enfermos... — la voz descendió de volumen, y Conway oyó al doctor Lister decirle a alguien — : Por supuesto que un ser inteligente no puede dejarse dominar así por el pánico. Cuando le eche la mano encima...

— Puede que no sea inteligente — dijo otra voz—. Tal vez sea un cachorro procedente de la maternidad FGLI...

— Si es así, juro que la paliza que le voy a dar en el trasero...

Se oyó un estallido, indicando que el transmisor había sido desconectado. Conway comprendió súbitamente que se había vuelto un hombre muy importante, e intentó proseguir tan aprisa como pudo.

## IX

Descendieron a otro nivel, a una sala en la que cuatro MSVK —seres frágiles, de tres patas, parecidos a cigüeñas— flotaban sin vida entre piezas de equipo hospitalario. Los movimientos de los cuerpos y de los objetos parecían fuera de lo natural, como si acabasen de ser perturbados. Fue la primera señal del enigmático superviviente que buscaban. Se encontraban en un gran compartimiento de paredes metálicas, rodeado por una confusión de canalizaciones y máquinas no blindadas. En el suelo, en un enorme hueco causado por él mismo, el enorme generador de hiperpropulsión de la nave yacía junto con algunos restos del equipo de su propia sala de mandos. Más abajo había los restos de una forma de vida cuyo estado hacía imposible clasificar. Al lado del generador se apreciaba otro orificio abierto en el suelo por otra pesada pieza de la nave.

Conway corrió hacia el orificio, miró hacia abajo y gritó:

—¡Ahí está!

En una enorme sala, que sólo podía ser el centro de control de las parrillas, un ser al que Conway clasificó, en una primera aproximación, como AACL, estaba tendido sobre tres de los delicados paneles de control. Otros nueve, todos ellos con rojas luces de aviso encendiéndose y apagándose, estaban al alcance de sus tentáculos, que surgían de las juntas estancas del plástico de su traje espacial. Los tentáculos tenían como mínimo seis metros de longitud, y poseían en su extremo una sustancia córnea que debía ser dura como el acero, considerando los daños que había causado.

Conway esperaba encontrar un superviviente herido y presa del pánico, enloquecido por el dolor. En lugar de eso se hallaba frente a una criatura que parecía no tener la menor herida, y que destruía malévolamente los controles de las parrillas gravitatorias con tanta rapidez como los autómatas de mantenimiento conseguían reparar las averías. Conway maldijo y comenzó a buscar la frecuencia de onda del otro ser. Súbitamente, oyó una especie de agudo ulular.

—¡Te cogí! —exclamó Conway. La criatura, al oír su voz, dejó de ulular y cesó en su trabajo de destrucción. El compañero de Conway observó:

—Me parece que está tremendamente asustado, y que los ruidos que produce expresan miedo. Si no fuera así, el Traductor hubiera convertido sus sonidos en palabras de la, lengua de usted. El hecho de que se haya callado y dejando de destruir los controles es alentador, pero

yo creo que debemos acercarnos lentamente a él, sin asustarlo.

—Sí —dijo Conway, animado.

—No sabemos en que dirección están enfocando los órganos visuales de la criatura —rizo notar el PVSJ—. Por lo tanto, sugiero que nos acerquemos desde ángulos diferentes.

Conway asintió con un movimiento de cabeza. Cada uno por su lado, se acercaron paso a paso a la criatura.

Los autómatas de mantenimiento trabajaban rápidamente para reparar los daños causados por aquellos seis enormes tentáculos. La criatura seguía inmóvil. No hablaba.

—No tenga miedo —le dijo el sacerdote PVSJ—. Si está herido, díganoslo. Estamos aquí para ayudarle...

La criatura no se movió ni respondió.

En un súbito impulso, Conway se comunicó con el doctor Mannon.

—El superviviente parece ser un AACL. ¿Puedes decirme por qué está aquí, o si existe alguna razón por la que no quiera o no pueda hablar con nosotros?

—Hablaré con Recepción. ¿Pero está usted seguro de la clasificación? No recuerdo haber visto por aquí ningún AACL. ¿No será un creppeliano?

—No es un octópodo creppeliano. Tiene seis apéndices principales y permanece inmóvil, sin hacer nada...

Conway se interrumpió bruscamente, porque lo que estaba diciendo ya no correspondía a la realidad. La criatura se lanzó hacia el techo y descendió con tanta rapidez que pareció hacerlo al mismo momento en que subía. Al descender, aplastó una unidad de control y dañó otras. Mannon comenzó a gritar algo acerca de variaciones de gravedad en una zona hasta entonces estable. Conway no pudo responder. La criatura saltó de nuevo. Cayó junto al PVSJ, y con uno de sus tentáculos lo agarró y lo lanzó contra la pared. Una nube de cloro surgió del traje del sacerdote, ocultando por un momento un cuerpo informe y patético que rebotó lentamente a través de la sala.

El AACL comenzó a ulular de nuevo.

Conway consiguió balbucear un relato de lo ocurrido a Mannon. Oyó a Mannon hablar con Lister, y finalmente el Director dijo, con un tono grave:

—*¡Tiene que matarlo, Conway!*

El shock que recibió Conway lo trajo de nuevo a la realidad. ¡Pedir aun médico, a una persona dedicada a salvar las vidas de los demás que matase a alguien! Ocurriera lo que ocurriese, a sí mismo o al Hospital, él nunca mataría a un ser inteligente, ¡aunque Lister gritara hasta reventar!

Sorprendido, notó que Mannon y Lister le gritaban a través de los auriculares. Debía haber pensado en voz alta, ya que estaban rebatiendo sus argumentos. Cortó la comunicación. Pero oyó otra voz... un murmullo increíblemente cansado, interrumpido de vez en cuando por gemidos. Miró hacia arriba y vio a Williamson. Era increíble pensar cómo había llegado hasta allí, con los dos brazos rotos. Debía haberse empujado con los pies. Conway se negó a pensar en lo que debía haber sufrido, golpeando con los brazos fracturados los obstáculos que debía haber encontrado en su camino. Y, a pesar de ello, el Monitor tan solo mostraba una preocupación: convencer a Conway de que debía matar al AACL.

Conway sintió un sudor frío en la nuca. Incapaz de detenerse, el Monitor estaba pasando por el agujero del techo y descendía lentamente, *¡directamente encima del acurrucado AACL!* Uno de los malditos tentáculos comenzó a desenrollarse, preparándose para un golpe mortal.

Instintivamente, Conway se lanzó en dirección al Monitor. Dobló las piernas sobre la cintura de Williamson para poder actuar con las manos sobre los mandos del cinturón gravitatorio. Ambos empezaron a girar por el espacio sobre sí mismos, y le pareció que tardaban años en estabilizarse. Casi habían alcanzado el agujero del techo cuando Conway vio el tentáculo que

subía en su busca...

## X

Algo golpeó su espalda con una fuerza tal que lo dejó sin aliento. Durante unos instantes, su corazón se detuvo. Pensó que los depósitos de aire debían haber sido arrancados y su traje desgarrado. Pero el aire no desapareció de sus pulmones. El tentáculo del AACL apenas lo había rozado... y el único daño fue la destrucción de la radio.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ansiosamente Conway a su compañero, cuando le pudo encontrar un apoyo en el compartimiento superior. Tuvo que apoyar Su casco contra el del otro para ser oído.

Tras algunos minutos le llegó la jadeante respuesta:

—Me duelen terriblemente los brazos. Estoy muy cansado... Si no termina usted pronto con nuestro amigo de ahí abajo, no va a quedar en el Hospital nadie vivo para poder curarme...

—¡Nunca mataré a una criatura inteligente! —respondió Conway, nuevamente furioso—. ¡Me he quedado sin radio, y no puedo oír ni a Lister ni a Mannon!

—Yo los oigo —dijo el Monitor, con voz más débil—. Dicen que ahora han sido las salas de la Sección Ocho.

Los pacientes y los médicos se encuentran pegados al suelo, bajo tres G. Unos minutos más, y no volverán a levantarse nunca. Como usted debe saber, los MSVW no son tan fuertes como para...

—¡Cállese! —estalló Conway. Apartó su casco para no seguir oyendo al Monitor. Pero notó al mismo tiempo que Williamson había dejado de mover los labios. Los ojos de Williamson estaban cerrados, su rostro tenía un aspecto ceniciento y no se notaba su respiración. El largo tratamiento de estimulantes y el reciente y prolongado esfuerzo eran suficientes para haber roto todas sus defensas, y Conway no estaba seguro de que no estuviera muerto. Ahora estaba solo con sus sentimientos. Para un Monitor la elección no habría sido difícil, ellos estaban acostumbrados a matar. Pero él no era un Monitor, sino un Doctor. Su misión era salvar vidas. Lister y O'Mara eran también Doctores, pero eran igualmente Monitores, y por ello sus puntos de vista diferían de los de él. ¿Qué debía hacer?

Desesperadamente, Conway se prometió a sí mismo que nada le haría cambiar la resolución que había tomado. Nunca mataría a una criatura inteligente. Pero sintió una sensación de profundo alivio cuando vio los labios del Monitor moverse nuevamente. Acercó su casco al de él.

—... sé que es difícil para usted, como médico —estaba diciendo Williamson—. Pero tiene que comprender que...

—¡Pero es que no puedo...!

—¿Acaso *prefiere morir* y dejar que todos los demás mueran con usted?

Conway notó que empezaban a faltarle los argumentos. Desesperado, inició una última defensa:

—Pero, aunque quisiera, no podría matarlo... me haría pedazos antes de que pudiera acercarme a él...

—Tengo un arma —dijo el Monitor.

Conway no llegó a saber nunca cómo ajustó el arma, ni siquiera cómo la retiró de la funda del Monitor. De repente vio que estaba en su mano, que la apuntaba hacia el AACL que estaba abajo, y sintió una gélida agonía. Si consiguiera herir a la criatura, inmovilizándola, quizá podría aún salvarla de la muerte. Llevaba consigo un pulverizador de plástico para obturar inmediatamente el orificio de la bala...

Levantó la otra mano para mantener bien firme el arma. Disparó...

Cuando bajó de nuevo el arma no vio gran cosa, salvo fragmentos de tentáculos retorciéndose por toda la sala. Entonces lamentó no saber gran cosa sobre armas... lamentó no saber que aquella arma disparaba balas explosivas, y había sido ajustada a fuego automático, continuo.

Los labios de Williamson se movieron débilmente. Conway chocó su casco contra el del otro por puro reflejo. Oyó decir al Monitor:

—... no se preocupe, doctor. Todo ha ido bien. Y usted no faltó a su juramento...

Conway examinó de nuevo el arma. Desgraciadamente, estaba descargada. Si le hubiera quedado una bala, una sola... hubiera sabido como usarla.

—Sabemos lo difícil que fue para usted —dijo el mayor O'Mara. Su voz ya no era severa, y en sus acerados ojos había una suavidad y simpatía—. Normalmente, un médico sólo es llamado a tomar una decisión de estas cuando tiene más edad, cuando es más maduro. Lo que ha tenido que hacer usted podía haber arruinado su carrera y su estabilidad mental. Pero no le dé importancia. No tiene que sentirse culpable por ello.

Conway pensó que hubiera sido mejor haber abierto la visera de su casco y haber acabado con todo antes de que los Ingenieros hubieran entrado en la sala de controles y llevado a Williamson y a él ante O'Mara. O'Mara debía sentirse resentido con él. El, Conway, siendo un médico, había violado la ética de su profesión y matado a un ser inteligente.

—Óigame —dijo O'Mara muy serio—. Los muchachos de comunicación consiguieron una imagen de la nave con su tripulante antes de la colisión. El tripulante no era su AACL, ¿comprende? Era un AMSO, una de las mayores formas de vida, que tienen por costumbre mantener como animales domésticos algunas criaturas de tipo AACL, no inteligentes. Como no había ningún AACL en el Hospital, aquello que mató usted solo podía ser una especie de perro rabioso, con un traje de presión. —O'Mara sacudió a Conway hasta que lo vio asentir con la cabeza—. ¿No se siente mejor ahora?

Conway se sentía como si hubiera vuelto a nacer. Pero no dijo nada.

—Y ahora trate de dormir —dijo O'Mara—. En cuanto a nuestra charla de reorientación, creo que ahora no tenemos tiempo para eso. Recuérdemelo algún día, si acaso sigue teniendo aún necesidad de ella...

## XI

Durante las catorce horas que durmió Conway, la entrada de heridos se redujo hasta un volumen aceptable, y se supo que la guerra había acabado. Los Ingenieros y el personal de Manutención limpiaron los destrozos y repararon la cubierta exterior. Cuando la presión fue restablecida, las reparaciones internas fueron efectuadas rápidamente, de modo que cuando despertó y fue en busca del doctor Mannon vio que algunos pacientes estaban siendo transferidos a una sección que, unas pocas horas antes, era un caos negro y sin aire.

Encontró a su superior en una sala de la sección principal de heridos FGLI. Mannon estaba ocupado con un DBLF terriblemente quemado. Otros dos, bajo la acción de sedantes, parecían blancos ovillos contra la pared, y otro se agitaba en una camilla, junto a la puerta.

—¿Dónde ha estado usted? —preguntó Mannon con tono cansado. Conway sintió que sus mejillas enrojecían. Se avergonzó de haber dormido catorce horas, pero no fue capaz de explicar nada ante Mannon. Se limitó a decir:

—¿Puedo ayudarle?

—Por supuesto —dijo Mannon—. Pero va a ser difícil. Perforaciones y heridas incisivas, todas

ellas profundas. Fragmentos metálicos aún dentro del cuerpo, daños abdominales y hemorragias internas importantes. No podrá hacer mucho sin una grabación. Hágalo aprisa y vuelva inmediatamente aquí.

Pocos minutos después estaba en el gabinete de O'Mara, absorbiendo una grabación de fisiología DBLF. Cuando le fue retirado el casco, preguntó:

—¿Cómo está Williamson?

—Vivirá —dijo secamente O'Mara—. Sus huesos fueron remendados por un Diagnosticador. Williamson no se atrevió a morir...

Conway regresó tan aprisa como pudo junto a Mannon. Tuvo que resistir sus deseos de arrastrarse sobre su barriga, como las orugas de Kelgia. Y le era fácil pensar en armas, balas y blancos. Había visto muchos blancos en las últimas horas, con fragmentos de metal clavados en sus carnes. Quien hacía tales cosas a criaturas sensibles e inteligentes necesitaban mucho más que la psiquiatría correctiva de los Monitores.

Pocos días antes, Conway se hubiera sentido avergonzado de tales pensamientos, e incluso en aquel momento se sentía algo embarazado. ¿Acaso los acontecimientos habían iniciado en él un proceso de degeneración moral, o tal vez estaría empezando a convertirse en un ser más maduro?

Cinco horas más tarde, el trabajo acabó. El doctor Mannon se puso a comer unos bocadillos y se quedó dormido a mitad del segundo. Conway lo metió en una camilla y lo llevó a sus aposentos. Cuando regresaba fue llamado por un Diagnosticador tralthan, que lo envió a la sección de heridos DBDG.

Esta vez tuvo que tratar a criaturas de su propia especie, y fuera degeneración moral o maduración, no tardó en pensar que los Monitores eran demasiado suaves para aquella gente.

Tres semanas más tarde, el General del Sector volvió a la normalidad. Todos los heridos, excepto los más graves, habían sido transferidos a hospitales planetarios. Los daños causados por la nave habían sido reparados.

Todo volvió a la normalidad, menos la vida de Conway. Lo habían retirado del servicio de las salas para juntarlo a un grupo de humanos y extraterrestres —la mayor parte de ellos con mayor graduación o más antiguos que él— que asistían a un cursillo sobre Auxilios a Naves. El cursillo era interesante, aunque difícil, y fue seguido por otro, más cerebral, sobre filosofía comparativa de los e.t. Simultáneamente había una serie de instrucciones sobre emergencias de contaminación: qué hacer cuando alguien que respiraba cloro era expuesto al oxígeno, o viceversa, o qué hacer cuando un ser acuático era expuesto al aire, o viceversa, etc.

Los instructores hablaban siempre de la importancia de la rápida y exacta clasificación de los pacientes. Recordaban que, en el sistema de clasificación de cuatro letras, la primera era una guía del metabolismo general, la segunda se refería al número y distribución de los miembros y órganos sensoriales, y las otras dos eran una combinación de ambientes de presión y gravedad, que indicaba también la masa física y la forma del tegumento protector. Así, A, B y C como primeras letras significaban seres acuáticos, D y F se aplicaban a los que respiraban oxígeno y tenían sangre caliente, lo cual correspondía a la mayor parte de los seres inteligentes, G y K eran también seres que respiraban oxígeno, pero semejantes a insectos, habituados a débiles gravedades. L y M eran también seres de gravedad débil, pero semejantes a aves. Los respiradores de cloro estaban incluidos en las clasificaciones O y P. Después de eso venían las especies más extrañas: seres que se alimentaban de radiaciones, o tenían la sangre extremadamente fría, o eran cristalinos, o podían cambiar de forma según su voluntad, o poseían poderes extrasensoriales. Las especies telepáticas como los telfi tenían el prefijo V.

Todo aquello era muy interesante, pero Conway empezó a sentirse preocupado cuando se dio cuenta de que habían pasado seis semanas sin que ni siquiera hubiera visto a un paciente. Decidió dirigirse a O'Mara y decirle algo al respecto... respetuosamente, por supuesto.

Cuando le hubo dicho lo que tenía que decir, O'Mara respondió:

—Es natural que quiera usted regresar a las salas. Al doctor Mannon también le gustaría. Pero está usted aprendiendo cosas muy útiles, Doctor. Tal vez tenga un trabajo para usted...

Conway pensó que poco a poco iba aprendiendo algunas cosas ,con relación a O'Mara. Era sin duda un mayor del Cuerpo de Monitores, pero era difícil trazar una línea límite entre su autoridad dentro del Hospital. Como psicólogo jefe era responsable de la salud mental de una tremenda variedad de individuos y especies del personal hospitalario, y también de la inexistencia de roces entre ellos.

A pesar de las altas cualidades de tolerancia y respeto mutuo entre el personal, siempre había ocasiones en que surgían roces. Un Doctor terrestre que tuviese un recelo subconsciente Hacia las arañas no podía tratar a un paciente illensano con la concentración clínica indispensable. O'Mara tenía que detectar y extirpar esas posibles fuentes de problemas... y, si era necesario, retirar al individuo potencialmente causante antes de que el roce se convierta en un conflicto patente.

Por otro lado, O'Mara no era responsable de las limitaciones psicológicas de los pacientes del Hospital, pero como era imposible saber cuando un dolor puramente físico era sustituido por otro psicossomático, tenía que ser consultado también en esos casos...

El hecho de que el mayor lo hubiera retirado del servicio de las salas tanto podía significar una promoción como todo lo contrario. Pero si Mannon lo quería de vuelta, entonces el trabajo que O'Mara tenía para él debía de ser de mayor importancia. Ahora Conway tenía la certeza de que no había ningún problema entre él y O'Mara, y era agradable saberlo. Pero la curiosidad lo mataba.

Al día siguiente, recibió órdenes de presentarse en el gabinete del psicólogo jefe...

**FIN**

Tomado de: Hospital del Espacio

Título Original: Hospital Station

Autor: James White

Traducción: S. Castro

Mas información en: [Hospital del Espacio](#), un artículo escrito por Luis Bolaños y Daniel Mejía y publicado en Velero 25.